

CAPITULO XIII.

De los consuelos espirituales, y sensibles, y cómo debemos gobernarlos en ellos.

Continúa Dios el ser de este gran mundo en una perpetua mudanza; por la qual el dia se trueca en noche, la Primavera en Verano, el Verano en Otoño, el Otoño en Invierno, y el Invierno en Primavera, y cada uno de los dias no parece jamas en todo al otro. Vemos unos nublados, otros aqueos, otros secos, y otros ventosos: variedad que trae al universo una admirable hermosura. Lo mismo es del hombre, el qual es, segun sentencia antigua, un compendio del mundo. Vemos esto, por quanto nunca está en un mismo estado, cuya vida se extiende, y dilata por la tierra como las aguas, corriendo, y ondeando con una perpetua variedad de movimientos, los quales ya le levantan á grandes esperanzas, ya le abaxan por el temor, ya le inclinan á lo justo por el consuelo, ya á lo injusto por la afliccion, sin que jamas sea uno solo de sus dias, ni aun de sus horas, parecida por entero á la otra. Este es, pues, un grande, é importante aviso. Por esto nos

conviene el procurar tener una continua, é invariable igualdad de corazon en una tan grande desigualdad de accidentes. Y aunque todas las cosas se truequen, y varien diversamente para con nosotros, nos es necesario mostrarnos constantes, é inmóviles en la sola mira del servicio de nuestro Dios. Tome el navio la derrota que quisiere, que corra al Poniente, ó Levante, á Mediodia, ó al Setentrion, ó ya se vea azotado del mas furioso, y contrario viento, no por eso su abuja de marear mirará sino la hermosa Estrella del Polo. Ya se revuelva todo lo de abaxo arriba, y no solo digo en lo exterior, sino en nosotros mismos; esto es, que nuestra alma se vea triste, ó alegre, consolada, ó sin consuelo, pacífica, ó atribulada, en claridad, ó en tinieblas, en tentacion, ó en reposo, en gusto, ó disgusto, con desabrimiento, ó terneza: que el Sol la quemé, el rocío la refresque, siempre hemos de procurar que la punta de nuestro corazon, nuestro espíritu, nuestra voluntad superior, que es nuestra abuja, mire sin cesar, y se extienda perpetuamente al amor de Dios, su Criador, su Salvador, su único, y Soberano Bien. *O que*

no-

nosotros muramos, ó que nosotros vivamos (dice el Apostol) *si es que somos de Dios, quién nos separará del amor, y caridad de Dios?* No, jamas nos podrá apartar cosa de este amor, ni la tribulacion, ni la congoja, ni la muerte, ni la vida, ni el dolor presente, ni el temor de los accidentes futuros, ni los artificios de los espíritus malignos, ni la grandeza de los consuelos, ni la profundidad de las aflicciones, ni la tristeza, ni el desabrimiento no nos podran jamas separar de esta santa caridad fundada en Jesu-Christo.

Esta tan absoluta resolucion de jamas abandonar á Dios, ni dexar su dulce amor, sirve de contrapeso á nuestras almas para tenerlas en la santa igualdad en medio de la desigualdad de los diversos movimientos que la condicion de esta vida la acarrea; porque así como las abejas, viéndose sobresaltadas del viento en la campaña, se abrazan de las pedruzuelas que pueden, para poder así abalanzarse al ayre, sin verse tan facilmente expuestas al rigor de los vientos; así nuestra alma, habiendo con vivas veras, y entera resolucion abrazado el precioso amor de Dios, queda constante en medio de la inconstancia, y mu-

danza de los consuelos, y aflicciones, así espirituales, como temporales, exteriores, como interiores.

Fuera de esta general doctrina nos son necesarios algunos documentos particulares.

3 Digo, pues, que la devocion no consiste en la dulzura, suavidad, consuelo, y sensible terneza de corazon, lo qual nos provoca á lágrimas, y suspiros, y nos da una cierta satisfaccion dulce, y agradable en el uso de algunos ejercicios espirituales. No, amada Filotea: la devocion y esto no es una misma cosa; porque hay muchas almas que tienen estas ternezas, y consuelos, y no obstante no dexan de ser muy viciosas, sin que tengan por consiguiente ningun verdadero amor de Dios, y mucho menos ninguna verdadera devocion. Saul siguió á David para darle muerte, el qual huyendo de su persecucion por los desiertos de Engadi, se entró con los suyos en una cueba para mejor esconderse, donde Saul descuidado entró solo: y aunque pudiera entónces David matarle, no solo no quiso hacerle, ni aun amedrentarle, sino antes, habiéndole dexado salir á su salvo, le llamaba Dios, y queda constante en medio de la inconstancia, y mu-

mo

mo había estado entre sus manos. Qué es lo que hizo, pues, después de esto Saul, para mostrar como su corazón se había enternecido para con David? Nombrole por su hijo, y púsole á derramar gran cantidad de lágrimas, alabándole; y confesando su benignidad, rogaba á Dios por él, y por su futura grandeza, y encomendando su posteridad para después de sus días. Qué mayor dulzura, y terneza de corazón podía mostrar! Y con todo eso jamás trocó su alma, ni dexó de continuar su persecucion contra David con la misma crueldad que antes. Así se hallan personas, que considerando la bondad de Dios, y la Pasion del Salvador, sienten grandes ternezas de corazón, haciéndoles estas arrojar lágrimas, suspiros, y oraciones, con acciones de gracias muy sensibles, y de manera que dirian que las tales tienen el corazón asaltado de una bien grande devocion; pero viniendo á la prueba, se halla que como las lluvias pasajeras de un ardiente Verano, que cayendo groseras gotas sobre la tierra, no la penetran, ni sirven sino á la produccion de los hongos, setas, y semejantes menudencias; así estas lágrimas tiernas, cayendo sobre un

corazón vicioso, y no penetrándole, le son de todo punto inútiles; y así vemos que los tales no por eso dexarán un solo maravedí de la hacienda mal adquirida que poseen, ni renunciarán una sola de sus perversas añiciones, ni querrán haber tomado la menor incomodidad del mundo por el servicio del Salvador, á quien habian encomendado sus lágrimas. De suerte que los buenos movimientos, que tuvieron, no son sino ciertos hongos espirituales, los cuales no solo no son la verdadera devocion, sino manifestos engaños del enemigo, que engañando las almas con estos pequeños consuelos, las hace contentarse, y satisfacerse de esto, para que así no busquen la verdadera devocion, la qual consiste en una voluntad constante, resuelta, pronta, y activa en el executar todo aquello que supieren ser voluntad de Dios.

Llorará tiernamente un niño quando, sangrando á su madre, ve que la rompe la vena el Barbero; pero si al mismo tiempo su madre, por quien lloraba tanto, le pide una manzana, ó un papelejo de gragea, el qual tenia en la mano, de ninguna manera querrá dársele. Así son la mayor parte

de nuestras tiernas devociones. Viendo dar un golpe de lanza, que traspasa el corazón de Jesu-Christo crucificado, lloramos tiernamente. Ah pobre de mí, Filotea! Bueno es el llorar en la consideracion de esta Muerte, y Pasion dolorosa de nuestro Padre, y Redentor; mas por qué no le damos nosotros muy de grado la manzana que tenemos en nuestras manos, la qual nos pide con tantas veras; esto es, nuestro corazón, única manzana de amor? Por qué no le resignamos nuestros menores deseos, deleites, y complacimientos, lo qual nos quiere quitar de las manos, y no puede, por quanto es nuestra gragea, de la qual somos mas aficionados, y golosos, que deseosos de su celeste gracia?

Ah pobre de mí! Todas estas son amistades de niños: tiernas, pero flacas: fantásticas, pero sin efecto. La devocion, pues, no consiste en estas ternezas, y sensibles aficionas, las cuales muchas veces proceden de una naturaleza en sí blanda, y susceptible de la impresion que la quieren dar; y algunas veces vienen del enemigo, que para engañarnos en esto, excita nuestra imaginacion á la apprehension propia á tales afectos.

2 Estas ternezas, y afectuosas dulzuras son con todo esto á las veces muy buenas, y útiles, por quanto mueven el apetito del alma, confortan el espíritu, y juntan á la prontitud de la devocion un santo regocijo, y alegría; lo qual hace nuestras acciones hermosas, y agradables, aun en lo exterior. Este es aquel gusto que se tiene en las cosas divinas, del qual David decia: *O, Señor, y qué dulces son tus palabras á mis palabras!* *Son mas dulces que la miel á mi boca.* Y es cierto que el menor consuelo de devocion, que recibimos, vale de qualquiera manera mas que las mas excelentes, y mayores recreaciones del mundo. Los pecados, y la leche; esto es, los favores del Esposo Divino, son mejores al alma que el humo mas precioso de los placeres de la tierra. El que ha gustado de ellos tiene todos los demas consuelos por hiel, y ajenos. Y como los que tienen la yerba Scia en la boca, reciben una grande dulzura, que no sienten ni hambre, ni sed; así aquellos á quien Dios ha dado este maná celeste de suavidades, y consuelos interiores, no pueden desear, ni recibir los consuelos del mundo para lo que es tomar gusto, y embebecer-

se en ellos. Son estos principios de suavidades inmortalés, que dá Dios á las almas que le buscan; son granos azucarados, que dá á sus hijos para cebarlos: son aguas cordiales, que les presenta para confortarlos; y son también á veces las arras de recompensas eternas. Dicen que Alexandro Magno, navegando en alta mar, descubrió primeramente la dichosa Arabia por medio de los suaves olores que el viento le sacudia, con que tomó ánimo, y se le dió á todos sus compañeros. Así nosotros recibimos muchas veces dulzuras, y suavidades en este mar de la vida mortal, las quales sin duda nos hacen antes gustar los regalos de aquella patria dichosa, y celeste, á la qual aspiramos.

Pero diráme, sin duda, que pues hay consuelos sensibles, que son buenos, y vienen de Dios, y no obstante hay otros inútiles, peligrosos, y aun perniciosos, que proceden, ó de naturaleza, ó asimismo del enemigo; cómo podrás discernir los unos de los otros, y conocer los malos, ó inútiles entre los buenos? Sea, pues, una general doctrina, querida Filotea, quanto á los deseos, y pasiones de nuestras almas, que las debemos conocer por sus frutos. Aquel co-

razon es bueno, que tiene buenos deseos; y los deseos, y pasiones son buenas, quando producen en nosotros buenos efectos, y santas acciones. Si las dulzuras, ternezas, y consuelos nos hacen mas humildes, pacientes, tratables, caritativos, y compasivos para con el próximo: mas fervorosos en mortificar nuestra concupiscencia, y malas inclinaciones: mas constantes en nuestros ejercicios: mas manejables, y obedientes para con los que debemos obediencia: mas simples en nuestra vida: sin duda, Filotea, que los tales consuelos, y ternezas serán de Dios. Mas si estas dulzuras no tienen dulzuras sino para nosotros, y nos hacen curiosos, agrios, puntillosos, impacientes, porfiados, fieros, presuntuosos, duros para con el próximo, y que pensando ser ya pequeños santos, no queremos sujetarnos mas á la direccion, ni á la correccion; indubitavelmente estos tales serán consuelos falsos, y perniciosos. Un buen árbol no produce sino buenos frutos.

Quando sintiéremos estas dulzuras, y consuelos, menester hemos humillarnos mucho delante de Dios. Guardémonos, pues, de decir quando estas dulzuras nos arriben: Yo

soy

soy sin duda bueno. No, Filotea: estos son bienes que no nos hacen mejores; porque, como tengo dicho, no consiste en esto la devocion. Digamos antes: O, y quán bueno es Dios con los que esperan en él, y con las almas que lo buscan!

1 El que tiene el azucar en la boca, no puede decir que su boca sea dulce; mas podrá decir que el azucar es dulce. Así, aunque esta dulzura espiritual es muy buena, y Dios que nos la dá es bonísimo, no por eso se sigue que aquel que la recibe sea bueno.

2 Conozcamos ser aún pequeños niños, que tenemos necesidad de leche, y que estas grandes dulzuras nos son dadas por quanto aún tenemos el espíritu tierno, y delicado, y que tiene necesidad de tales cebos, y mantenimientos para ser tirado al amor de Dios.

3 Mas despues de esto (hablando generalmente, y por lo ordinario) recibamos con humildad estas gracias, y favores, y tengámoslas por en extremo grandes, no por quanto lo son en sí mismas, como porque es la mano de Dios quien nos las pone en el corazón, como haría una madre, que por regalar á su hijo, ella misma le metiese los granos

Tom. II.

de gragea en la boca uno á uno; porque si el tal niño tuviese algun juicio, mas estimaría la dulzura del agasajo, y caricia de la madre, que la dulzura de la gragea misma. Así que, Filotea, no es poco el tener semejantes dulzuras; pero es la dulzura de las dulzuras el considerar que Dios con su mano amorosa, y maternal nos la pone en la boca, en el corazón, en el alma, y en el espíritu.

4 Habiéndonos recibido con esta humildad, empleémoslas cuidadosamente segun la intencion del que nos las dá. Por qué pensamos, pues, que Dios nos dá estas dulzuras? Para hacernos dulces, y mansos para con todos, y enamorados para con él. Dá la madre la gragea al niño porque la bese. Besemos, pues, también nosotros á nuestro Salvador, pues nos acaricia por medio de estos consuelos. Besar, pues, al Salvador, es el obedecerle, el guardar sus Mandamientos, el hacer su voluntad, el seguir sus deseos; y en fin el abrazarle tiernamente con obediencia, y fidelidad. Quando hubiéremos, pues, recibido algun consuelo espiritual, menester es aquel día mostrarnos diligentes en el hacer bien, y en el humillarnos.

T

Es

5 Es menester, además de todo esto, renunciar de quando en quando tales dulzuras de consuelos, y ternezas, separando nuestro corazón de ellas, y protestando, que aunque las recibamos humildemente, y las amemos, por quanto Dios nos las envia, y que nos provocan á su santo amor, no por eso son las tales las que buscamos, sino Dios, y su santo amor: no el consuelo, sino el Consolador: no la dulzura, sino el dulce Salvador: no la terneza, sino aquel que es la suavidad del Cielo, y de la tierra; y en esta afición, y deseo debemos resolernos, y quedar firmes en el santo amor de Dios, aunque en toda nuestra vida no recibiésemos ningún consuelo; y así diremos igualmente sobre el Monte Calvario, como sobre el Tabor: O Señor, y cuán bien me está el estar con vos, ya estéis en cruz, ó ya en gloria!

6 Finalmente te advierto, que si te viniere alguna notable abundancia de tales consuelos, ternezas, lágrimas, y dulzuras, ó alguna cosa de extraordinario en ellas, las confieras, y comuniques con fidelidad con tu Confesor, para que así aprendas cómo te has de moderar, y comportar en ellas; porque está escrito:

Has hallado la miel: come la que te basta.

CAPÍTULO XIV.

De las sequedades, y esterilidades espirituales

HArás, pues, como te acabo de decir, querida Filotea, quando tuvieres semejantes consuelos. Pero este tiempo hermoso, y tan agradable, no durará siempre; antes te sucederá hallarte á veces tan privada de la devoción, que te parecerá ser tu alma una tierra desierta, infructuosa, y estéril, en la qual no hay ni senda, ni camino para hallar á Dios, ni ninguna agua de gracia que la pueda rociar, por ser su sequedad tan grande, que parece quererla volver de todo punto estéril. Ah pobre de mí, y cuán digna de lágrimas noche, y día, mientras el enemigo, por hacerla desesperar, se burla de ella, diciéndola: Ah pobre de tí! dónde está tu Dios? Por qué camino le podrás tú hallar? Quién te podrá volver ya mas la alegría de su santa gracia?

Qué

Qué es lo que harás tú en tal tiempo, Filotea? Tendrás, pues, cuenta de dónde te viene el mal? Nosotros mismos somos muchas veces causa de nuestras esterilidades, y sequedades.

1 Como una madre rehusa el azucar á su hijo, viéndole sujeto á las lombrices; así Dios nos quita los consuelos quando en ellos recibimos algún vano complacimento, y nos ve sujetos al gusano de la soberbia, y presuncion. Saludable me es, ó Dios mio, que vos me humilleis, y eso sin duda porque antes que vos me hubiéradés humillado, yo os habia ofendido.

2 Quando nos mostramos negligentes en recoger las suavidades, y regalos del amor de Dios á su tiempo, entónces nos los quita en castigo de nuestra pereza. El Israelita que no cogia el maná muy de mañana, despues no podia habiéndose mostrado el Sol, porque entónces se deshacia todo.

3 Vémonos á veces echados en una cama de contentos sensuales, y consuelos perecederos, como se veia la Esposa Sãgrada en los Cánticos. El Esposo de nuestras almas llama á la puerta de nuestro corazón: inspíranos que nos volvamos á nuestros ejercicios espiritua-

les; pero nosotros regateamos esto con él, por quanto sentimos el dexar estos vanos embebecimientos, y el apartarnos de estos falsos contentos. Por esto, pues, pasa adelante, y nos dexa atollados; y despues, quando le queremos buscar tenemos no poco trabajo en hallarle; pero habémoslo bien merecido, pues nos mostramos tan infieles, y desleales á su amor, que rehusamos el exercicio espiritual por seguir el de las cosas del mundo. Mas quien se sustenta de la harina de Egypto no es bien partícipe del maná del Cielo. Las abejas aborrecen todos los olores artificiales; y las suavidades del Espíritu Santo son incompatibles con los regalos artificiosos del mundo.

4 La duplicidad, y simulacion de ingenio, exercitada en las confesiones, y comunicaciones espirituales, que se hacen con el Confesor, causa las sequedades, y esterilidades; que pues tú mientes al Espíritu Santo, no es de maravillar si él te rehusa su consuelo; y pues tú no quieres ser simple, y sin dobléz como un niño, tampoco tendrás la gragea de los niños.

5 Tú te hallas muy bien sola con los contentos mundanos; y así no es mucho si los

regalos espirituales se te dan escasamente. Las palomas solas (dice el antiguo proverbio) hallan amargas las cerezas. Hinchado ha de bienes (dice nuestra Señora) á los hambrientos, y á los ricos ha dexado vacíos. Los que son ricos de placeres mundanos, no son capaces de los espirituales.

6 Si hubieres conservado bien los frutos de los consuelos recibidos, sin duda que tendrás otros nuevos; porque á aquel que los tiene se le darán aún mas, y á aquel que no tiene los que se le han dado; mas á quien los ha perdido por su culpa, se le quitarán aun los que no tiene; esto es, le privarán de las gracias que le estaban preparadas. Vemos que la lluvia vivifica las plantas ya verdes; mas á las que no lo están, antes las quita la vida que aún no tienen, porque al mismo punto las podrece, y daña. Por muchas, y semejantes causas perdemos los consuelos devotos, y caemos en sequedad, y esterilidad de espíritu.

Examinemos, pues, nuestras conciencias, y veamos si hallamos en nosotros semejantes faltas. Mas notarás, Filotea, que no se debe hacer este exámen con inquietud, ni

demasiada curiosidad; antes, despues de haber con fidelidad considerado cerca de esto nuestras acciones, si es que hallamos en nosotros la causa del mal, daremos gracias á Dios, porque el mal se tiene por medio sano quando se ha descubierto la causa de él. Si, al contrario, no vieres nada en particular que te parezca haber causado esta sequedad, no te embebecas, ni detengas en buscar con mas curiosidad la causa; sino con toda simplicidad, sin mas exáminar ninguna curiosidad, haz lo que te diré.

1 Humíllate quanto puedas delante de Dios, conociendo tu poquedad, y miseria. Ay de mí! qué es lo que soy yo, quando en mí misma no soy otra cosa, ó Señor, sino una tierra seca, la qual abierta por todas partes muestra la sed que tiene de las aguas del Cielo, y es el mal que entretanto el viento la disipa, y vuelve en polvo!

2 Invoca á Dios, y pídele su alegría: *Volved, ó Señor, la alegría de vuestra salud: Padre mio, si es posible, traspasad este caliz de mí.* Quitateme de delante, ó vicio infructuoso, causa de la sequedad de mi alma! y ven tú, ó gracioso viento de los des-

con-

consuelos, y sopla en mi jardín, y así sus buenas aficiones, y deseos derramarán olor de suavidad!

3 Acude á tu Confesor, ábrele bien tu corazon, hazle ver todos los dobleces de tu alma, y toma los avisos que te diere con gran simplicidad, y humildad; porque Dios, que ama infinito la obediencia, hace muchas veces útiles los consuelos agenos, y en particular los de los Confesores, aunque por entónces no haya grande apariencia, como hizo provechosas á Naaman las aguas del Jordan, de las quales Eliseo, sin ninguna apariencia de razon humana, le mandó usáras.

4 Mas despues de todo esto nada hay tan provechoso, nada tan fructuoso en semejantes sequedades, y esterilidades, como el no aficionarse, ni desvelarse en el deseo de librarse de ellas. No digo yo que simplemente no procuremos el huirlas; pero digo que no debemos procurarlo con porfía; sino antes dexarlo á sola voluntad, y especial providencia de Dios, para que él se sirva de nosotros quanto fuere servido en medio de semejantes espinas, y trabajos. Digamos, pues, á Dios en tal tiempo: *O Padre! si es posible, pasad de mí este caliz.* Mas

Tom. II.

juntemos tambien palabras de grande ánimo: *Con todo esto, no mi voluntad, sino la vuestra sea hecha.* Y quedémosnos en esto con el mayor reposo que nos sea posible; porque Dios, viéndonos en esta santa indiferencia, nos consolará con mas gracias, y favores, como quando vió á Abraháa resuelto de privarse de su hijo Isaac, que se contentó viéndole indiferente en esta pura resignacion, consolándole por una vision, y su dulce bendicion. Debemos, pues, en toda suerte de aflicciones, así corporales, como espirituales, sucediéndonos semejantes distracciones, ó subtracciones en la devocion, decir de todo nuestro corazon, y con una profunda misision: *El Señor me ha dado consuelos, el Señor me los ha quitado: sea bendito su santo Nombre; porque perseverando en esta humildad, sin duda nos dará sus regalados favores, como hizo á Job, que constantemente usaba de semejantes palabras en todos sus trabajos.*

5 Finalmente, Filotea, entre todas nuestras sequedades, y esterilidades nunca perdamos el ánimo; sino antes esperando con paciencia los consuelos, sigamos siempre nuestra derrota. No dexemos por

T 3 esto

esto ningún ejercicio de devoción; antes, siendo posible, multiplicaremos nuestras buenas obras; y no pudiendo presentar á nuestro caro Esposo las confituras líquidas, presentémosle las secas, porque lo uno, y lo otro será lo mismo, con tal que el corazón que se las ofrece esté perfectamente resuelto en el querer amarle. Quando la Primavera es hermosa hacen las abejas mas miel, y crian menos, porque al favor del buen tiempo se embebecen, y ocupan tanto en hacer su cosecha sobre las flores, que se olvidan de su producción. Mas quando la Primavera es áspera, y nublosa, entónces hacen mas abejas, y menos miel; porque como no pueden salir á hacer su cosecha, se emplean entónces en su multiplicación. Sucede muchas veces, querida Filotea, que viéndose el alma en la hermosa primavera de los consuelos espirituales, se embebecen tanto en el juntarlos, y gustarlos, que con la abundancia de estos dulces regalos hace muchas menos obras buenas; y al contrario, hallándose en las asperezas, y esterilidades espirituales, multiplica tanto mas las obras sólidas, y virtuosas, quanto se ve privada de los sentimientos agradables

de devoción, abundando en la generación interior de las verdaderas virtudes de paciencia, humildad, abyección de sí misma, resignación, y abnegación de su amor propio.

Es un grande abuso de muchos, y principalmente de las mugeres, el creer que el servicio que hacemos á Dios sin gusto, sin ternera de corazón, y sin sentimiento, sea menos agradable á la Magestad Divina; pues al contrario nuestras acciones son como las rosas, las cuales, aunque es verdad que estando frescas tienen mas gracia, con todo eso quando secas tienen mas olor, y fuerza; y de la misma manera, aunque nuestras obras hechas con ternera de corazón, nos son agradables (digo á nosotros, por quanto no miramos sino á nuestro propio deleite); con todo eso las que hacemos con sequedad, y esterilidad tienen mas olor, y valor delante de Dios. Sí, Filotea: en tiempo de sequedad, y desabrimiento nuestra voluntad nos lleva al servicio de Dios como por fuerza: por consiguiente ha de ser de necesidad mas rigurosa, y constante que en tiempo de ternera. No es mucho servir á un Príncipe en la dulzura de un tiempo próximo, y apacible, y en medio

CAPITULO XV.

Confirmación, y aclaración de lo que se ha dicho, por un exemplo notable.

de los regalos de la Corte; pero servirle en la aspereza de la guerra, y en medio de las revueltas, y persecuciones, será sin duda una verdadera señal de constancia, y fidelidad. La Beata Angela Foligno dice que la oración mas agradable á Dios es la que se hace por fuerza, y contradicción: esta es aquella, á la qual nos ponemos, no por algun gusto que tengamos, ni por inclinación, sino solamente por agradar á Dios, á lo qual nuestra voluntad nos lleva como constreñidos, forzando, y repugnando las sequedades, y repugnancias que se le oponen. Lo mismo digo de toda suerte de buenas obras; porque quantas mas contradicciones tuviéremos en el hacerlas, sean exteriores, ó interiores, tanto mas estimadas, y preciadas son delante de Dios; y quanto menos particular interes hubiere en el seguimiento de las virtudes, tanto mas la pureza del amor Divino lucirá en nosotros. El niño besa facilmente á su madre quando le dá azúcar; pero será señal clara de amarla en extremo si la besa despues de haberle dado amargos agenjos.



Para darte esta instruccion mas evidente, quiero ponerte aquí un excelente pedazo de historia de S. Bernardo, como lo he hallado en este doc-to, y entendido Autor. Dice, pues, así: Es cosa ordinaria casi á todos los que comienzan á servir á Dios, y que no están aún experimentados en las subtracciones de la gracia, ni en las mudanzas espirituales, que viniéndoles á faltar este gusto de la devoción sensible, y esta agradable luz que los convida á darse priesa en el camino de la devoción, pierden al mismo punto el ánimo, y caen en pusilanidad, y tristeza de corazón. La gente bien entendida dá esta razon: que la naturaleza racional no puede por largo tiempo durar hambrienta, y sin algun deleite, ó celeste, ó terrestre. Como las almas, pues, relevadas sobre sí mismas, con la prueba de los placeres superiores renuncian facilmente los objetos visibles; así tambien quando por la disposición Divina les es quitada la alegría espiritual, hallándose tambien entónces privadas de los consuelos cor-

porales, y no estando aún acostumbra- das á esperar con paciencia la vuelta del verdadero Sol, les parece que están ni en el Cielo, ni en la tierra, y que han de quedarse sepultadas en una noche eterna; y como niños pequeñuelos, que se aíran quando les quitan la teta, así tambien se quejan, lloran, y se muestran importunas, y enojosas, principalmente consigo mismas. Esto, pues, aconteció en el viage, del qual hay cuestión, á uno de la tropa, llamado Godofredo de Perono, nuevamente dedicado al servicio de Dios. Este, pues, hallándose de improviso con una cierta sequedad, y falta de consuelo, y ocupada el alma de mil tinieblas lóbregas, y interiores, comenzó á volver á la memoria sus amigos mundanos, sus parientes, los exercicios, y vanidades, que poco há habia dexado; por cuyo medio fue asaltado de una tan áspera tentacion, que no pudiéndola encubrir en el semblante, se lo conoció uno de sus mas confidentes, y amigos: el qual llegándosele con disimulacion, y dulces palabras, le dixo en secreto: Qué es esto, Godofredo? Cómo estás tan pensativo, y pesaroso, cosa tan fuera de tu costumbre? Entónces

Godofredo, con un profundo suspiro del alma, respondió así: Hermano mío, sabrás que ya en mi vida podré estar alegre; con cuyas palabras movido el amigo á piedad, se fue luego con un zelo fraterno á contarle al comun Padre San Bernardo; el qual, viendo el peligro, se entró en la primera Iglesia, donde rogó á Dios por él. Godofredo, durante esto, combatido de la tristeza, y apoyando la cabeza sobre una piedra, se quedó dormido; pero despues de pequeño rato se levantaron entrambos, el uno de la oracion con la gracia ya alcanzada, y el otro del sueño con la cara risueña, y serena. Maravillándose de esto su amigo, viendo en él tan arrebatada mudanza, no pudo dexar de reprehenderle amigablemente lo que poco antes le habia respondido. Godofredo le replicó: Si antes te dixe que jamas yo me veria contento, ahora te aseguro que jamas me veré triste.

Tal fue el suceso de la tentacion de esta devota persona. Notarás, pues, en lo que se te ha contado, Filotea:

1. Que Dios dá de ordinario algun anticipado gusto de los regalos celestes á los que entran en su servicio, para reti-

tirarlos por este medio de los deleites terrenos, y animarlos en el seguimiento del amor Divino, como una madre que para tirar, y cebar su hijuelo á la teta, le pone la miel en el pezon.

2. Es tambien este buen Dios quien á veces (segun su sabia disposicion) nos quita la leche, y la miel de los consuelos, para que por este medio aprendamos á comer el pan seco, y sólido de una devocion vigorosa, exercitada á la prueba de disgustos, y tentaciones.

3. Que á veces de las sequedades, y esterilidades de espíritu se levantan muy grandes tentaciones, y que entónces no es necesario combatir- las animosamente, porque las tales no son de Dios; pero debemos sufrir las sequedades, pues Dios las ha ordenado para nuestro exercicio.

4. Que no dexemos jamas perder el ánimo entre los enojos interiores, ni decir como el buen Godofredo: Jamas yo me veré alegre; porque en medio de la noche debemos esperar la luz, y recíprocamente en el mas hermoso tiempo espiritual, que podemos tener, no debemos tampoco decir: Jamas me veré triste; porque (como dice el Sabio) en los dias dichosos debemos acor-

darnos de la desdicha. Hase de esperar entre los trabajos, y temer entre las prosperidades; y tanto en una como en otra ocasion debemos humillarnos.

5. Que es un soberano remedio el descubrir su mal á algun amigo espiritual, que nos pueda dar consuelo.

En fin, para conclusion de este advertimiento tan necesario, noto que en todas las cosas, y asimismo en estas, nuestro buen Dios, y nuestro enemigo tienen tambien contrarias pretensiones; porque Dios por ellas nos quiere conducir á una gran pureza de corazon, á una propia renunciacion de nuestro propio interes en lo que es de su servicio, y á una perfecta desnudez de nosotros mismos; pero el enemigo nuestro procura emplear sus fuerzas para hacernos perder el ánimo, y hacernos volver del lado de los placeres sensuales, haciéndonos enojosos para con nosotros mismos, y los otros, para afear, y disfamar la santa devocion; pero si observas los documentos que te he dado, verás cómo aumentas en extremo tu perfeccion en el exercicio que usares entre las aflicciones interiores; de las quales no quiero acabar el propósito sin decirte aún una pala-

labra. Algunas veces los disgustos, las esterilidades, y sequedades proceden de la indisposición del cuerpo, como quando por el exceso de las vigiliass, de los trabajos, y ayunos, nos hallamos combatidos del cansancio, adormecidos, y pesados, y con otras tales enfermedades, las quales, aunque proceden del cuerpo, no dexan de incomodar el espíritu, por la estrecha atadura que hay entre ellos. En tales ocasiones, pues, debemos acordarnos siempre de hacer mas actos de virtud con nuestro espíritu, y voluntad superior; porque aunque parezca estar toda nuestra alma dormida, y acabada del cansancio, y desabrimento, no por eso las acciones de nuestro espíritu dexan de ser muy agradables á Dios; y podemos decir en tal tiempo como la Esposa Sagrada: *To duermo; pero mi corazon vela.* Y como he dicho atras, si hay menos gusto en el trabajar de esta suerte, no por eso dexa de haber mas merecimiento, y virtud.

— Mas el remedio en esta ocurrencia es el alentar el cuerpo

con alguna suerte de legitima recreacion, y entretenimiento. Así San Francisco ordenaba á sus Religiosos que fuesen de tal manera moderados en sus trabajos, que no destruyesen el fervor del espíritu.

Y apropósito de esto este glorioso Padre una vez se vió contristado, y perseguido de una tan profunda melancolia de espíritu, que no podia dexar de mostrarla en sus movimientos; porque si queria conversar con sus Religiosos, no podia: si se apartaba de ellos, se hallaba peor. La abstinencia, y mortificacion de la carne le afligian, y la oracion no le aliviaba nada. Vióse dos años de esta suerte, y de manera, que parecia estar de todo punto abandonado de Dios; mas en fin, despues de haber con humildad sufrido esta áspera tempestad, el Señor le dió en un momento una dichosa tranquilidad. Esto es para darte á entender que los mayores Siervos de Dios están sujetos á tales sequedades; y que los menores no deben espantarse si se hallan en algunas.

QUIN-



QUINTA PARTE
DE LA INTRODUCCION,
en la qual se contienen los exercicios, y avisos necesarios para renovar el alma, y confirmarla en la devocion.

CAPITULO PRIMERO.

Que debemos cada año renovar los buenos propósitos por los exercicios siguientes.

EL principal punto de estos exercicios consiste en conocer bien su importancia. Nuestra humana naturaleza se aparta facilmente de sus buenos propósitos por la fragilidad, y mala inclinacion de nuestra carne, la qual agrava nuestra alma, y la procura tirar, y inclinar ábaxo, si amenudo no se levanta ábaxo arriba á viva fuerza de resolucion. Así como los páxaros tornan amenudo á caer en tierra, no continuando en el romper el ayre para mantenerse por este medio en su vuelo; así tambien, amada Filotea, tienes tú necesidad de reiterar, y repetir muy amenudo los buenos propósitos que hubieres hecho de servir á Dios,

temiendo que no haciendo esto, no caygas en tu primer estado, ó en otro, por ventura mucho peor; porque las caidas espirituales tienen esta propiedad, que nos ponen siempre en mas baxo estado que aquel en que nos hallábamos quando subimos á lo alto de la devocion. No hay reloj, por bueno que sea, que no sea menester subirle la cuerda dos veces al dia, á la mañana, y á la noche; y despues de esto es menester tambien desarmarle, por lo menos una vez al año, para limpiarle de todas sus piezas, enderezar las torcidas, y reparar las que están usadas. Así tambien el que tiene un verdadero cuidado de su amado corazon, debe remontarle á Dios á las noches, y á las mañanas por medio de los exercicios ya dichos; y fuera de esto debe considerar amenudo su estado, emendándole, y acomodándole quanto puede.